

SERMON

DEL MISTERIO DE LA EUCARISTIA,

POR EL

Pbro. Lic. Francisco J. Correa y Diaz,

CANÓNICO, PROVISOE

Y VICARIO GENERAL DE LA DIÓCESIS DE VERACRUZ. (1)

Domine audivi auditionem tuam et timui;
consideravi opera tua et expavi.

Habac. cap. 3. v. 2.

Señor, escuché tu palabra y temí; consideré
tus obras y quedé pasmado.

CATÓLICOS:

Así exclamaba el profeta Habacuc, contemplando en vision sublime al Verbo encarnado, y entrando en la pe-

(1) Este Sermon lo predicó el autor el 23 de Junio de 1889, en la Catedral de Jalapa, y en presencia de la Hermandad de Señoras de la velacion perpetua del Santísimo Sacramento.

nosa carrera de las humillaciones y del sacrificio, desde su nacimiento en la gruta de Belen. Séanos lícito á nosotros, con más razon, repetir esas mismas palabras del profeta, al contemplar las singulares muestras de amor que Jesucristo da al hombre, estableciendo el adorable Sacramento de la Eucaristia, con todos sus admirables encantos y armonias: en ese insigne y mirífico convite renueva su Encarnacion, perpetúa su sacrificio, y llevando al último extremo su dignacion inefable, alimenta al hombre de sí propio para realizar los sublimes designios del Padre, de restaurar en El y por El todas las cosas que hay en el cielo y en la tierra.

Esta restauracion empieza en el conocimiento de Dios; y Jesucristo lo da por la fé, de la cual este Sacramento es el misterio mas consolador. Se apoya en la esperanza de la gloria, á la que se encamina por el sacrificio; y Jesucristo concede en ese Sacramento la prenda de la gloria para abrazar el sacrificio y para llegar á aquella. Se consume con la caridad; y Jesucristo otorga en este Sacramento la fuente de la caridad, y el medio mas eficaz de unirse á Dios.

Trazado está á grandes pinceladas, señores, el plan de mi discurso, el que concreto á la siguiente proposicion:

La felicidad del hombre está en Dios, y el Sacramento de la Eucaristia es la fuente inagotable de esa felicidad que nos une á Dios. Ayudadme á implorar los divinos auxilios para ser feliz en mi propósito.

Yo quisiera, católicos, tener mis labios purificados, y mi lengua abrasada en aquel carbon encendido y serafico que purificó los labios de Isaias profeta, para explicarnos el inmenso amor de Jesucristo hacia los hombres: yo quisiera tener mi corazón abrasado de un ardor y celo cual se requiere para celebrar el tierno amor de Jesucristo hacia los suyos: solo el amor puede hablar de los misterios del amor, y este misterio se llama el amor por excelencia: en él llegó Jesucristo á la consumacion de la caridad, derramando todas las riquezas de la caridad sobre nosotros. En su Omnipotencia no pudo darnos más, ex-

clama el arrepentido Agustín; en su sabiduría no supo hacer más, en su amor no le fué posible llegar á más para hacernos felices; porque este Sacramento es la felicidad del hombre, el bien sumo dado á cada uno en la tierra de una manera misteriosa pero real, preludiando el cielo de un modo claro, perfecto y eterno. Dame, pues, soberano Señor Sacramentado, dame unción y gracia para hablar con acierto á mi auditorio, acogiéndome á María, tu divina Madre, á quien saludo con el ángel. Ave María.

Domine adivin, etc.

El hombre, católicos, ha nacido para la grandeza, para la felicidad, y á ellas aspira siempre; con fé, con ardor, con entusiasmo y con todas sus fuerzas. Ahora bien, entregado á sí mismo ¿descubre esa grandeza y esa felicidad á que aspira? de ninguna manera: desde el momento infausto en que las pasiones del hombre sobrepusiéronse á la razón, el hombre perdió la luz y quedóse en tinieblas, perdió el gusto y el conocimiento de Dios; desconoció el mal hasta colocarlo en lugar del bien soberano, y hasta el punto de divinizarlo.

Pasemos adelante: para satisfacer el hombre esa pa-

sion suprema, necesita medios proporcionados á la naturaleza del bien á que aspira: pero no siéndole conocido ese bien, tampoco puede alcanzar los medios de encontrarlo, y siguiendo las ideas equivocadas de su razón desorientada por el apetito, entregase á las criaturas: no ve sino á ellas, y á ellas pide auxilio, y amontona riquezas, y aspira á la soberanía y engólfase en la sensualidad ¿logra su deseo? de ninguna manera; las criaturas son impotentes para producir ó hacer la felicidad del hombre.

Lo que el hombre busca es la posesion de un bien que satisfaga y llene todas sus necesidades. Ese bien debe ser eterno; si no lo es, el temor de perderlo priva al hombre de la mayor parte de gozarlo: ha de ser inmutable; de lo contrario, no descansará el hombre en su posesion: ha de ser infinito: ¡Oh, sí! el corazón humano no se contenta con lo que tiene límites; siempre tiene hambre, siempre tiene sed; y cuando encuentra y posee un objeto, no queda satisfecho si le ve un término; porque tampoco el deseo tiene término, y necesita un objeto sin fin que lo sacie, que lo llene y que lo extinga, no dejándole en que ejercitarse. ¿Puede el hombre, según esto, entregado á sí mismo y sin otros medios que su flaca, débil y orgullosa razón y las criaturas, encontrar ese bien necesario para satisfacer esa aspiracion bella, sublime y sin límites? De ninguna manera.

Entonces, pues, ¿cuándo el hombre se satisfará entregado solamente á su loca razón y á las criaturas? Nunca: un instante goza, un momento se embriaga en sus placeres y exclama: ¡soy feliz! No le creais, es mentira; esperad otro instante, dejad que cese la momentánea agitacion de su sangre, que envolviendo á su alma como en una niebla, veialo todo con los colores del iris, y todo se le presentaba bello, hermoso y sublime; pero cuando pasada esa agitacion fugaz, ya se restablece la calma, ved como acabó el encanto para él; acercaos, entonces, á su corazón y golpeadle: el pecho resonará en una concavidad vacía: aplicad el oído: percibiréis primero un murmullo, luego una voz clara que sale de su cavernoso fon-

do, gritando: *Afferte, afferte*: (1) traedme más, traedme más; volvamos á los placeres. Así acaba su agitada vida, y así llega á los umbrales del sepulcro, llevando solo mentira y vanidad en su corazón. (2)

Para que el hombre sea feliz necesita de un bien incorruptible, inalienable, infinito y eterno, que reuna en sí todas las perfecciones sin mezcla alguna de imperfección: ya me habeis comprendido, vuestra razón lo dice, no hay más que un bien de esta naturaleza: Dios. Hé aquí al sumo bien, el bien único, la felicidad suprema ¿quien se lo mostrará al hombre? ¿quién conducirá al hombre á la cima de esa felicidad? ¡Ah! solo Jesucristo, y Jesucristo en el adorable Sacramento de la Eucaristía. Yo soy la luz del mundo: (3) «Yo soy el camino, la verdad y la vida: Nadie viene al Padre sino por mí,» dijo Jesucristo á su discípulo Tomás con el armonioso acento de su amorosa voz. (4) Y Jesucristo ¿qué católico lo duda? Jesucristo está real y verdaderamente en la Eucaristía: (5) y es él quien prodigiosamente alimenta á nuestra alma para que viva eternamente en esa patria de incomparable felicidad: (6) es alimento de inmortalidad y medicina para que no muramos, sino para que vivamos siempre: (7) luego ese sacrosanto misterio de la Eucaristía es el único medio para ser feliz y para llegar á la eterna felicidad; porque ya lo dijo Jesucristo: nadie va al Padre sino por mí.

¡Cuán bello es, católicos, cuán bello es contemplar las armonías de ese Sacramento adorable, y descubrir en él la consumación de la grande obra de Jesucristo para restaurar al hombre, y hacerlo eternamente feliz en la union

(1) Proph. Am. c. IV.

(2) Eccl. c. I. v. 2.

(3) Joann. c. VIII. v. 12.

(4) Joann. c. XIV. v. 6.

(5) Con. Trid. sess. 13. can. 4.

(6) Joann. c. VI. v. 52.

(7) S. Ciprian. Sermon. de Euch.

con Dios! El alma trasportada al mundo de la gracia, necesitaba un alimento propio de la grandeza de su nuevo estado de hija de Dios; y despues de haberse hecho hombre el Verbo divino, (1) y víctima por el hombre, su amor no queda satisfecho, porque puede hacer más, y la ley suprema del amor pide que lo haga; exige que se convierta en alimento del hombre, y El lo consiente, lo quiere y lo realiza. En efecto, como amase á los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin, hasta el extremo. (2) Tomó el pan y lo bendijo y lo partió, y lo dió á sus discípulos diciendo: tomad y comed, este es mi cuerpo; y tomando el cáliz, dió gracias y se lo dió, diciendo: bebed de este todos. (3) ¡Maravillosa analogía, católicos! Para devolvernos la vida del alma, vélese Jesucristo de los mismos términos de que el autor del mal se valiera para llevarnos á la muerte: arrastrándose éste á los piés de la primera madre, como vil serpiente, nos perdió diciéndole: tomad y comed y sereis como dioses; (4) de la propia manera Jesucristo, para reparar aquellos tan enormes males, nos dice: Mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre verdaderamente es bebida: así, el que me come, él mismo vivirá por mí; (5) y en lenguaje sublime de San Juan Crisóstomo, como si dijera Jesucristo: si comeis mi carne y bebeis mi sangre, sereis como dioses; porque viviréis una vida eterna, sobrenatural y divina por la union que tenéis conmigo.

Así es como se realiza el gran misterio de nuestra restauración. Repitamos, pues, católicos, llenos de admiración las palabras del profeta: «Señor, escuché tu palabra y temí; consideré tus obras y quedé pasmado:» Confundidos y abismados de nuestra miseria preguntémosle con

(1) Joann. c. I. v. 14.

(2) Id. c. XIII. v. 1.

(3) Matth. c. XXVI. v. 26, et 27.

(4) Gen. c. III. v. 3.

(5) Joann. c. VI. v. 56 et 58.

el paciente Job: ¿Qué cosa es el hombre, Señor, para que lo engrandezcas? (1) Débil polvo que el viento esparce, hoja que el huracán arrebata. Y merece que emplees en él, ¡oh Señor! la omnipotente fuerza de tu brazo, y derrames en su corazón los riquísimos tesoros de tus gracias? ¡Ah! es que ese polvo, compaginado por la mano de Dios, encierra un alma hija de Dios, hecha á imagen y semejanza suya, (2) su esposa y heredera de su gloria; y Dios la ama, la quiere toda hermosa, la quiere eternamente feliz; y como enemigos formidables amenazan robarle esa prenda, empañar su belleza y arrastrarla por el fango, por eso viene á ella para defenderla; y porque esa alma no puede llegar al colmo de la felicidad sin unirse íntimamente á su Criador, se le dá todo en ese adorable Sacramento para apagar esa sed que el amor excita.

Ved, pues, católicos, como Dios ha querido elevarnos hasta El, no por naturaleza, como al Verbo divino á quien engendra de su sustancia, sino por un don de su amor y por adopción. Nos ha elevado hasta El y nos alimenta de El mismo: y ni podía ser de otra manera, porque tampoco podíamos satisfacer nuestra hambre, y apagar nuestra sed sino en El mismo, que es el Cordero, la Víctima inmaculada y el pan de los ángeles. Se nos ha dado por compañero en nuestra peregrinación, por luz en nuestra ignorancia y por remedio en nuestra debilidad. Lo que el hombre con toda su ambición de igualarse á Dios no se atreviera á pedirle, El se lo da por puro amor, por deseo de comunicarle su felicidad y su misma vida. Este Sacramento que con mucha propiedad se dice ser la amplitud del misterio de la Encarnación, reitera, en cierto modo, lo que una vez se verificó en el seno de María, la unión de la divinidad con la carne humana. Jesucristo en él se hace nuestra carne. Y si la gracia nos hace templos de Dios, ese adorable Sacramento de la Eucaristía nos hace participantes de la naturaleza divina, en her-

(1) Job. c. VII, v. 17.

(2) Gen. c. I, v. 26.

mosa expresión del príncipe de los apóstoles; (1) porque tenemos en nuestro pecho al autor de la gracia, su humanidad y su divinidad, su poder y su amor; en suma, tenemos al infinito.

Jesucristo ha hecho por su parte cuanto es posible para darnos la felicidad: ha instituido ese Sacramento Eucarístico para dársenos El mismo como alimento del alma; nos espera día y noche, nos llama y nos convida: correspondamos á sus dulces y amorosas voces; si no nos unimos á Jesucristo es porque no amamos, es porque no deseamos la felicidad verdadera, es porque no queremos abrazar el sacrificio que nos impone el amor. El hombre quiere ser feliz entre los goces del cuerpo, en la vanidad del mundo, en las ilusiones de la tierra, y como carnal no comprende las cosas de Dios y del cielo: huye de Jesucristo porque le pide el sacrificio de la vanidad, la muerte del sensualismo y del orgullo; quiere el hombre recibirlo todo; vivir del egoísmo, y el egoísmo aparta de Dios que es todo amor.

Por piedad no sigáis ese camino; no imitéis á los que se escandalizaron y abandonaron al Salvador cuando le oyeron anunciar la necesidad del Sacramento Eucarístico; por el contrario, imitad á Pedro y á los demás apóstoles, de cuya fé somos herederos, y decidle: ¿á quién iremos, Señor, sino á tí que tienes palabras de vida? Y llenos de fé y poseídos de confianza, como el tierno niño que se cuelga al cuello de la madre, apliquemos nuestros labios á esa fuente de ternura y de amor; unámonos á Jesús por medio de ese Sacramento de amor y de bondad.

Hé aquí la grandiosa obra del amor divino. Emanuel, Dios con nosotros, Dios en nosotros ¡qué amor tan sin límites! Cuán bien puede decirnos Jesucristo después de esto, ¿qué más pude hacer por vosotros? ¡qué medio tan poderoso para llegar á la felicidad! El es la fuente de

(1) Petr. c. I, v. 4.

aguas que saltan hasta la vida eterna; El es el único camino para engrandecerse el hombre, y tener en su corazón el Bien Supremo que constituye la felicidad y la vida del alma. Acercaos, pues, á El y saciaos, porque es el pan verdadero; acercaos á El y bebed, porque es la fuente de aguas vivas; acercaos á El y seréis instruidos, porque es la luz fulgente que ilumina al mundo de la gracia; acercaos á El y quedaréis libres de la tiranía de las pasiones, porque donde reina el espíritu de Dios reina la libertad; acercaos á El y seréis perdonados, porque es la Víctima, es el Cordero que quita los pecados del mundo.

Pero ¡por qué olvidarme de vosotras, piadosas señoras, que entusiastas formais la Hermandad de la velacion perpétua del Divinísimo Señor Sacramentado? Si el desaliento se apodera de vuestro espíritu no dejéis enfriar la llama sacrosanta del amor; corred al manantial perenne de las gracias, de donde sacaréis aliento, fuerza y dulzura; la sola contemplacion de Jesus sacramentado os hará ligero y suave, agradable y tierno, el momento que estéis en su presencia: seguid vigilando el trono del Eterno con diligente anhelo; abridle vuestro corazón cual tiernas flores que abren su fresco cáliz al contacto del rocío; correspondedle sus favores, á fin de que os tienda una mano bienhechora en el momento terrible de la muerte, y mas allá de la tumba os reciba con dulcísimo semblante.

Soberano Señor Sacramentado, estas piadosas señoras embriagadas con el cáliz de tu amor rindente adoracion en derredor de tu trono; dejando la vaga ilusion de la infancia, mezclan hoy sus lágrimas con las cristalinas linfas de la gracia; dejando al fementido mundo que duerma en brazos de sus infidelidades, vienen á inflamar su corazón en las llamas de tu amor; fija en ellas tus miradas de bondad y de clemencia.

Adoremos, pues, católicos, á Jesus en el sublime Sacramento de la Eucaristia, postrémonos en su presencia, como el ciego de nacimiento al recibir la luz, y reconociéndolo, digámosle: Creo, Señor: y creyendo, amémosle; y amándolo, rindámosle pleito homenaje. El nos espera

como un amigo á su amigo, como un hermano al hermano y como un padre al hijo de su amor. Porque ¿á quién iríamos sino á El que tiene palabras de vida eterna? Fuera de El todo es tinieblas, corrupcion y muerte; junto á El y en El todo es vida, amor, luz y felicidad. Esto nos promete; esto nos dará si creemos y amamos, y nos lo dará en tiempo, y nos lo dará en la eternidad. Así sea.

1. El hombre durante su peregrinacion sobre la tierra, ofrece el triste espectáculo de un ser contradictorio consigo mismo. Este es un hecho que la razon y la experiencia confirman. Seguid al hombre, á ese que se titula rey de la naturaleza en la rápida carrera que lleva desde la cuna hasta el sepulcro: observadlo en todos sus pasos, desde los plácidos dias en que duerme en los brazos maternos, hasta que agobiado con el peso de los años descende á la lobreguez de la tumba. Entonces veréis que la religion que explica las contradicciones y manifiesta las causas de los fenómenos que hay en el hombre, es divina. ¡Ah! solo la religion puede decirnos por qué el hombre unas veces se sienta en un trono magnífico y otras se arrastra como un miserable esclavo en un suelo cubierto de espinas y abrojos: solo la religion puede decirnos, por qué la descendencia de Adan camina sin cesar en busca de una felicidad que siempre huye de ella como una sombra fugaz, dejando á su lado el dolor y la amargura; solo la religion puede explicarnos, por qué el hombre unas veces remonta su vuelo como el águila sobre las nubes, y otras se revuelca como un miserable reptil en el lodo inmundado. Ya concibe grandes pensamientos que lo elevan hasta las regiones del Olimpo, ya ocupan su alma ideas bajas que lo envilecen á sus propios ojos: ya aparece fuerte como el leon que rugie en las ásperas laderas de los montes, ya se muestra débil y frágil como la tierna flor que marchita el calor de un solo dia.

2. La religion, señores, descifra este oscuro enigma y explica este misterio incomprensible. Ella nos revela que el hombre por haber quebrantado los preceptos de Dios, fué derribado del paraíso como un rey lo es de su trono por una convulsion política llevando á remotos climas una existencia precaria. La religion nos dice que el hombre por su desobediencia fué como un planeta que gira erran-

te fuera de su centro, ó como un astro cuya luz debilitan las cargadas nubes que se elevan de un mar tempestuoso. Empero el hombre, mal que les pese al materialista y al incrédulo, es una obra maravillosa cuyo destino no se cumple en este mundo. En vano sus enemigos se mancomunan para rebajar su excelencia y nivelarlo con las bestias que nacen y mueren en el prado cubierto de yerbas, pues la religion le manifiesta su origen, le recuerda su inmortalidad y con un lenguaje sublime le repite que la felicidad por la cual se afana sin resultado sobre la tierra, está mas allá del sepulcro.

3. ¿Queréis admirar con sencillez de corazón esta verdad y reconocer con una fé candorosa la dignidad del hombre y la sublimidad de la religion? Detengámonos un momento en el Sacramento de la Eucaristía y meditemos un instante la profundidad de este misterio: acerquémonos al altar donde se ofrece un sacrificio inculento en memoria del que vieron un dia con espanto los ángeles y los hombres en la cima del Calvario, y ahí verémos una escena bastante sublime. Sobre un ara sencilla, descansan las tremendas manos del unguido del Señor, cuyos dedos sostienen el albo pan. El sacerdote con sus lábios balbucientes pronuncia cinco palabras tan poderosas y eficaces como el *hágase* de la creacion, y el Hijo de Dios al escucharlas descende de su trono acompañado de los mas hermosos serafines para colocarle sobre nuestros altares. ¿Y esto por qué? Porque él ya habia anunciado que sus delicias serian el morar entre los hijos de los hombres. El mismo Jesus dijo á sus discípulos y en ellos á todos los fieles: «Yo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos.» El mismo aseguró: «que su cuerpo era verdadero manjar y su sangre verdadera bebida.» El expuso con aseveracion y juramento, «que el que no comiera la carne del Hijo del hombre ni bebiera su sangre no tendria vida.» El enseñó esto mismo en diversos lugares y ocasiones, en la Sinagoga y en el desierto, probando con

estupendos milagros la verdad de cuanto decia. El finalmente, al distribuir el pan en la última cena, dijo á los apóstoles: «éste es mi cuerpo;» y al darles el cáliz para que bebieran expresó: «ésta es mi sangre.» añadiendo al fin: «cuantas veces hiciéreis esto hacedlo en memoria mia.» Luego Jesucristo permanece en medio de nosotros como un amigo entre sus amigos, como un hermano entre sus hermanos, en las ciudades, en las aldeas y hasta en la soledad de nuestros campos. Pero por decirlo así, con las poderosas cadenas del amor, en el tabernáculo de los templos, es el defensor del desvalido, el médico del enfermo, el socorro del necesitado, el padre del huérfano, el consuelo de la viuda y el todo para todos, porque reside en nuestros altares solo para escuchar el gemido de sus hijos, para enjugar sus lágrimas y remediar sus necesidades. Por esto un célebre orador dijo: «Cuando me postro ante el tabernáculo sagrado, me parece ver á mi Dios que fija en mí los ojos de su carne; que oye las palabras de mi boca con los oídos de su cuerpo; que abre su corazón para recibir mis lágrimas y mis suspiros y que extiende sus manos para enriquecerme con sus gracias y bendiciones.» Luego la religion que contiene este misterio es divina, y el hombre para quien fué instituido es de muy elevada jerarquía.

4. ¿Y qué debemos inferir de aquí? Que al Dios Sacramentado le debemos nuestras adoraciones y respetos. El respeto á las cosas sagradas es una inspiracion de la naturaleza, pues no hay ningun pueblo por bárbaro y estúpido que se le suponga que no tenga este sentimiento religioso. Los gentiles que no conocieron al verdadero Dios perseguian de muerte á los sacrilegos y profanadores de sus divinidades, y en sus códigos establecian penas muy severas contra los que no cumplieran con los ritos del paganismo. Confesemos que esto nos lo enseñan aun los supersticiosos con sus sacrilegos cultos. Y si las naciones bárbaras corrieron á tributar incienso á las flores que se marchitan, culto á los astros que se eclipsan y veneracion á las bestias que se mueren, ¡qué deberémos

hacer los que pertenecemos á la feliz sociedad del cristianismo?

5. Acompañemos al de la vieja ley y veremos que apenas se cierran las fuentes del abismo, se detienen las lluvias del cielo, y el arca descansa sobre los montes de la Armenia, cuando Noé se consagra al Señor y lo adora en reconocimiento de su predileccion y cariño. Jacob, cuando vió que el Sr. le era propicio en el camino de Betsabé, asombrado y despavorido dijo: ¡Cuán terrible es este lugar! También fijó sus tiendas en Betel, porque ahí le honró el Señor con su presencia. Y el padre de Samuel atraviesa las ásperas montañas del Siloo para visitar al Dios de sus padres en los dias señalados por la ley. ¿Y de qué tiempo hablo, señores! De aquel tiempo en que Dios estaba presente por sola su inmensidad, cuando habitaba en los cielos y su trono estaba sobre las nubes: cuando el esplendor de su gloria ponía barreras inaccesibles entre Dios y los hombres. Mas pasaron aquellos tiempos, y ese Dios que no se presentaba sino entre los estragos del rayo y el pavor de los relámpagos, despojado de su grandeza ha fijado su residencia en la Eucaristía. ¡Dios eterno! ¿Dónde está esa faz divina que velan los astros? ¿Dónde esa humanidad vencedora del tiempo y de la muerte, que hendiendo los aires se le vió subir á lo alto como la brillante aurora? ¡Oh! qué exceso de bondad! El Dios fuerte que desencadena los vientos y calma la tempestad con una sola de sus miradas: el Dios Omnipotente que con el amago de su diestra conmueve los cimientos del universo, está en la sagrada hostia representando un drama de patética ternura. Miradlo con los ojos de la fé, ahí bajo los accidentes de una sustancia que ya no existe; está haciendo alarde de piadoso, porque verdadero amigo de los hombres, quiere recrearlos con su presencia y conversar con ellos.

6. ¿Y á este Dios tan bueno, á este Rey tan generoso, le faltarán súbditos que le hagan la corte ó criados que velen á la puerta de su palacio, cuando setenta robustos de Israel rodeaban el trono de Salomón? ¡El ta-

bernáculo de Dios carecerá de luces cuando el rey Asuero pareció á Esther un ángel del cielo por la luz con que brillaba? No, no seamos ingratos; entremos en el santo ejercicio de velarlo una hora en el mes, á fin de que este gran Rey tenga adoradores en su templo y centinelas como los que destinó David para que velaran sobre los muros de Jerusalem. Venid á su trono como las tribus de Israel al de David, y ofrecedle vuestro vasallaje. Venid como Tobías á visitar al Señor; invocadle ante las aras como el hijo de Seth, y si no queréis que en el sagrario se repita la escena del aposentillo ó del inmundo sótano de Caifás, ofreced como Berceai vuestras riquezas para fomento de los cirios que han de arder en su presencia. No hagáis caso de los murmuradores que llaman hipócritas á los que escriben su nombre en el libro de los adoradores del Señor, porque Jesucristo ha dicho: «El que me negare delante de los hombres, yo tambien le negaré delante de mi Padre celestial.

7. Lejos de esto, imitad el entusiasmo religioso con que los antiguos volaban á la tierra santa para visitar y adorar las huellas de Jesus; renovad esa diligencia piadosa con que preguntaban por el lugar donde perdonó á la mujer adúltera, por el pozo donde convirtió á la Samaritana, por el campo donde multiplicó los panes, y guiados por la luz de la fé, acercaos con respeto al altar mil veces mas santificado que las plazas, templos y pórticos de Jerusalem. Aquí podeis adorarle como los Magos, tratar con él como los apóstoles, bañar sus pies con vuestras lágrimas como la Magdalena y pedir como el leproso que purifique vuestro corazón. Veladoras del Santísimo, no retrocedais del camino que habeis emprendido hácia la montaña santa donde el divino Moyses se ha cubierto la cara. Las indulgencias que están concedidas á la congregacion de la vela perpétua son innumerables, y yo os felicito porque vuestros pasos y vuestras limosnas quedarán apuntadas en el libro de la vida y serán recompensadas con el ciento por uno que Dios ha prometido. Sí, os felicito porque cuando venis á acom-

pañar al Divinísimo en su soledad, os contemplo como habitadores del desierto, como almas queridas del Señor, como vestales que conservais el sagrado fuego.

Divinísimo Jesus, abrasa nuestros corazones con los fuegos de tu amor, para que la velacion del Santísimo pueda conservarse en esta parroquia; para que gozando de tu presencia sacramental en esta vida, gocemos de tu amable rostro en la otra. Amen.